

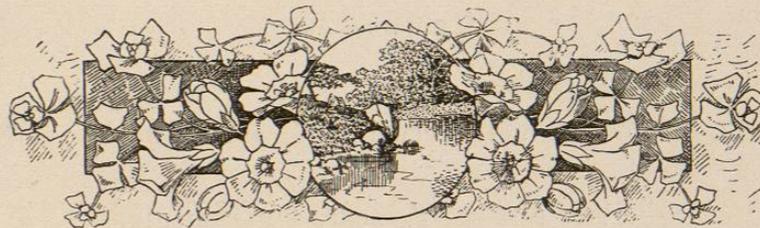
sabido aquello? ¿Habremos caído en desgracia?... Si es de cuidado lo de ella... por lo mismo; y si no lo es, igualmente... Vamos, ¡caray! que no hallo razón para el... llamémosle desaire, eso es, inmerecido... Y no me duele por desaire, no señor: me duele como síntoma, como síntoma ¡caray! de un enojo... eso es, del señor don Alejandro... ¡Caray! con lo que yo le estimo y le... ¿Lo ves tú de otro modo, Leto?

— Falta saber — dijo éste — si á don Claudio le ha pasado lo mismo que á nosotros; y eso lo sabré mañana, si no lo averiguo esta misma noche.

— Me parece bien pensado, hijo; muy bien pensado... eso es.

— Y si resulta que no ha habido portazo para él, démonos usted y yo por muertos en Pelechés.

— ¡Caray, caray!



## X

## UN INCIDENTE GRAVE

**E**N buen grado de tensión estaban las impacencias de Leto para dejadas así hasta el día siguiente, sin el riesgo de un estallido! En cuanto entró en la botica le dijo á su padre:

— Me voy á buscar á don Claudio.

Y se fué. Le buscó en el Casino: no estaba allí. En su casa: tampoco. Anduvo

por los sitios en que solía vérselo paseando algunas veces: ni la menor huella de él.

— Pues está en Peleches sin remedio, — se dijo consternado. — Mi desgracia es indudable.

Enderezó los pasos hacia la botica; y al entrar en la plazuela, vió, entre las sombras del fondo, junto á la desembocadura de la Costanilla, un bulto negro que se movía hacia él.

— Es la silueta de don Claudio, — pensó dirigiéndose á su encuentro.

Lo era, efectivamente. Se reconocieron; y dijo al instante Leto:

— He andado buscándole á usted por todo Villavieja.

— Y yo venía dudando — dijo á su vez el comandante — si colarme ahora en la botica para hablar con usted delante de don Adrián, ó dejarle recado para que se viera conmigo en mi casa.

— Luego tiene usted algo grave que decirme? — observó Leto casi afónico y temblándole todas las entrañas.

— Tanto como grave, — repuso Fuertes,

— no; pero algo que les conviene saber á ustedes por más de un concepto, sí.

— «A ustedes» — pensó el mozo repitiendo con cierta fruición estas palabras de don Claudio. — Luego no va conmigo solo el cuento; y no yendo conmigo solamente, puede ser otro

cuento distinto del que tanto miedo me da. A salir de dudas. — Pues hágame usted el favor — dijo á su amigo, lo bastante bajo para que no lo oyera nadie más que él — de referirnos lo que haya, sea malo ó pésimo, pues bueno, ni casi regular, no lo espero; porque desde

el portazo que se nos dió esta noche en Peleches, estamos mi padre y yo que no nos llega la camisa al cuerpo...

— Lo presumía, — respondió Fuertes, —



y por eso no me ha chocado oírle á usted decir que anduvo buscándome por toda la villa... Porque yo estaba dentro cuando ustedes llegaron, y sabía lo que había de suceder, si llegaban, desde un rato antes por haber oído el recado que dió don Alejandro á Catana... Situaciones que el demonio prepara, y no puede uno remediar. Al caso.

Y comenzó á referir á Leto lo que afirmó ser «lo único» que él sabía. Según el relato aquel, Nieves y su padre habían tenido una escena un poco desagradable con motivo de la próxima llegada del mejicanillo. Discordancias radicales en el modo de estimar cada uno de los dos aquel suceso. A Nieves, nerviosa y algo trasmudada desde el tremendo de la antevíspera, que continuaba ignorando su padre, se le habían escapado ciertas franquezas que cayeron sobre las suspicacias de don Alejandro como la pólvora sobre el fuego... Porque don Alejandro andaba muy suspicaz desde aquel día, como le constaba á Leto muy bien. Se había dado en él un caso que no dejaba de ser frecuente: el de hallar algo en que no pen-

saba, buscando otra cosa muy distinta; y lo que había encontrado sin buscarlo, era el fuego en que habían caído las franquezas de su hija; ó si lo quería más claro Leto, las franquezas de Nieves le demostraron, no solamente que su hallazgo no era ilusorio ni soñado, sino que el mal estaba ya hecho y con hondas raíces en la víctima. Bermúdez no había llegado con sus sospechas más que hasta el arranque del camino que conducía á ese mal: no era difícil presumir el efecto que le habría causado el descubrimiento, teniendo, como tenía, sus cálculos hechos y sus ilusiones acariciadas, con otros derroteros muy distintos. A él, á don Claudio, le había confiado sus cuitas, para pedirle informes, si podía dárselos; algo de luz clara con que guiarse en la lóbrega sima en que había caído tan de repente; porque no podía contarse con lo que espontáneamente declarara Nieves entonces, ni convenía apurarla más en el estado de exaltación en que se hallaba. Más adelante ya se vería. Fuertes se había guardado muy bien de decir á don Alejandro lo que pensaba acerca de tan delicado particular: al

contrario, puso todo su empeño en convencer á su amigo de que estaba alarmado sin fundamento alguno. Tarea inútil: don Alejandro quedaba en sus trece y resuelto á poner de su parte todos los medios que considerara prudentes para combatir el mal como debía combatirlo. ¿Qué medios eran ellos? No lo sabía aún con certeza; pero no tardaría en saberlo. Él no culpaba, no quería mal á ninguno; porque la mayor parte de las veces se causaban los daños más graves con los propósitos más honrados; pero se hallaba en una situación de ánimo tan apurada, en un temple tan singular de espíritu, que temía cometer, en presencia de las personas que eran el principal motivo de su disgusto, algún acto que le pesara después. En este pasaje del diálogo se había dado á Catana la orden de no recibir á Leto ni á su padre. «Esto, por de pronto», —había dicho en seguida don Alejandro,— «y bien sabe Dios que me duele en el alma. Iremos tirando con paliativos así, lo que se pueda; y después... ya se verá. Usted me hará el favor de entretener á esos señores, con la mejor disculpa que su

discreción le dicte, alejados de aquí por unos días, si no le parece que abuso de su bondad.»

— Esto es lo que hay en sustancia, Leto, — le dijo don Claudio en conclusión. — No sé si refiriéndoselo á usted como se lo he referido, faltó ó no faltó á la confianza depositada en mí por don Alejandro; pero sé que no es usted hombre que se conforma con parvidades en tragos de esta naturaleza; y, sobre todo, sé que en ninguna sima más honda, ni en arca mejor cerrada que usted, puede guardarse este secreto. Ahora, refiera usted de él lo que mejor le parezca á su señor padre, como yo pensaba hacerlo, para que se cumplan las órdenes de nuestro amigo, sin contratiempos como el de esta noche para ustedes... y ánimo ¡voto al chápíro! que más amargo y más duro fué lo de anteayer, y se portó usted como un hombre.

El pobre muchacho, con las manos en los bolsillos y la cabeza caída sobre el pecho, no dijo una palabra. El comandante, después de contemplarle unos momentos con expresión compasiva, le puso blandamente

la mano sobre la espalda y le preguntó, con esa aspereza cariñosa, tan propia de los hombres que han educado sus afectos entre los rigores de la ordenanza militar:

— ¿Duele, amigo?

Irguióse entonces el valiente mozo, y le respondió, oprimiéndole una mano con las dos suyas:

— ¡Ay, señor don Claudio! si después de salvarse Nieves me hubiera quedado yo en el fondo de la mar, ¡qué fortuna para ellos y para mí!

Y sin poder averiguar el comandante si aquel relucir extraño de los ojos de Leto eran lágrimas ó no, le vió caminar á largos pasos hacia la botica, y sin entrar en ella, subir á casa por el portal contiguo.

Don Claudio Fuertes entonces, hiriendo el suelo con un pie antes de echar á andar, exclamó entre dientes con verdadero coraje:

— ¡Y qué mejor empleada que en ti, voto al demonio?

Leto subió en derechura á su cuarto con el doble fin de serenarse un poco y de pensar lo que debía referir á su padre, entre todo lo que el comandante le había refe-

rido á él. Fué tarea de tres cuartos de hora escasos. Al cabo de ese tiempo, bajó á la botica á menos de media serenidad y con el relato en hilván. No le permitió mayores lujos su pícaro temperamento.

Poco fué lo que dijo á su padre, encerrados los dos en el despacho de la trastienda, como explicación del portazo de Peleches; pero de tal modo y con tal arte de voz, de miradas y de greñas, que dejó al pobre boticario más aturdido de lo que estaba.

— De manera, hijo—observó don Adrián, dale que dale al codo, pero muy suave y lentamente, con el gorro sobre las cejas y la carita rechupada, — que por fas ó por nefas... eso es, pues propiamente luz, no resulta del relato: por fas ó por nefas, repito, esa nube no ha cogido á nadie más que á nosotros... á nosotros dos, eso es. ¡Caray si es duro eso de pensar! Aflige, Leto, aflige... contrista, sí señor, verdaderamente; apenas considerarlo ¡caray! porque si uno sospechara, cuando menos;... si á la dureza, eso es, del castigo, correspondiera ¡caray! la... vamos, la falta; pero si

por más que reflexiono, que repaso la... Hombre, ¿á ti te dice algo la conciencia, eso es?... Pero ¿qué te ha de decir... supongo yo? ¿Por qué camino andamos hijo y padre... eso es, con esos señores, que no sea llano y descuberto, caray? Si se nos llamara, es un suponer, á residencia, podría uno... Pero ni eso, Leto: ni eso que es ¡caray! tan de justicia... ¿Habrás, hijo, de por medio algún informe, eso es... algún informe alevoso? Porque verdaderamente ¡caray! sin una razón así, no se penetra... Por último, hijo del alma: hagámonos superiores mientras pasan esos pocos días que dice el señor don Claudio... y Dios dirá, eso es; Dios dirá luego... Pero por lo pronto, duele, sí señor... ¡caray, si duele!

Mala noche pasó el pobre boticario á vueltas con sus inútiles investigaciones mentales; peor que Leto, mucho peor; porque éste, al fin, logró encontrar en medio de sus escozores y espasmos, ya que no un calmante de ellos, un remedio para sufrir hasta con gusto sus rigores; y fué que de pronto cayó en una idea en que hasta entonces no había caído de lleno, á causa de

tener la sensibilidad fuera de quicio por la fuerza de sus aprensiones extremadamente pesimistas. Él había *sentido* con lo dicho por don Claudio, que era un estorbo en Peleches, y un motivo de perturbación para ciertos planes de don Alejandro Bermúdez. Así, considerándolo en montón; pero estudiándolo mejor después; separando las cosas y examinándolas una por una, acordóse de que los enojos del señor de Peleches contra él dimanaban, según don Claudio, de ciertas *franquezas* de Nieves que le habían confirmado en las sospechas que ya tenía. ¡Santo Dios, lo que él vió, lo que él sintió en aquellos momentos! ¡Qué efusiones tan íntimas, jamás experimentadas! ¡qué terrores tan nuevos y tan sublimes! ¡qué recelos tan extraños!

Póngasele el sol de repente en las manos á un hombre que le haya estado adorando sin otro fin que adorarle. Pues en una situación por el estilo se vió Leto al dar á las *franquezas* de Nieves la única interpretación que podía darlas por la virtud de los hechos y la fuerza de la lógica. El peso de la mole le aplastaba, la luz resultaba

fuego; pero ¡qué martirios, qué torturas, que muerte tan envidiables! Porque él se daba por muerto, como dos y tres eran cinco. Que no estorbaba á Nieves en ninguna parte; que Nieves le había entendido la metáfora del aire y del sol y del humilde puesto para tomarlos, y que lejos de ofenderse con el símil, hasta le había reprendido á él porque no colocaba su banqueta en primera fila, bien sabido se lo tenía, y bien justipreciado en las entretelas de su corazón; pero que el sol descendiera de su trono para... ¡Dios elemento! ¡Cómo no había de execrarle el señor don Alejandro Bermúdez? Por otra senda bien distinta esperaba él aquella execración; pero ya que había llegado y pues que era de necesidad que llegara, bien venida fuera por donde había venido. Cierto que el abismo resultaba así más hondo para él que de la otra manera; pero, en cambio, menos frío y solitario; y eso salía ganando en definitiva.

Así entretuvo las largas horas de aquella noche y las del día que la siguió. Poco más ó menos, como las entretenía su padre

en la botica y en la cama; y los señores de Pelechés en su empingorotado caserón.

Se cruzaban poquísimas palabras entre la hija y el padre; no por enojos mutuos, sino porque temían entrar en conversación. Ella, ya en plena posesión de sí misma y sabiendo por Catana la orden dada por su padre contra los dos Pérez de la botica, le preguntó, muy serena, al tercer día del percance gordo:

—¿Sabes tú por qué no han vuelto por aquí esos señores?

—¿Qué señores?—preguntó á su vez don Alejandro, descubriendo en su turbación que por demás sabía de qué sujetos se trataba.

—Don Adrián y su hijo, —respondió Nieves con la mayor tranquilidad.

Bermúdez se quedó lo que se llama cortado; amagó una respuesta evasiva, y lo puso peor. Su hija no pudo menos de sonreírse al verle tan apurado, y le dijo muy templada:

—Mejor pago merecían de ti: créeme.

Esto ocurría al irse cada cual á su agujero después de la sobremesa.